

Ensayo monográfico
Homenaje a Arturo Souto



En ocasión del homenaje a Arturo Souto Alabarce

Jaime Erasto Cortés

En los primeros días de 2005, recibí en regalo un calendario ilustrado con fotografías de Ricardo Vinós, y al ir, por segunda vez, apreciándolas mes tras mes, reparé en que, además del motivo principal de ellas, el santo Niño de Atocha, en la correspondiente al mes de abril, como segundo plano se insinuaban dos figuras, una un tanto difuminada, la de Matilde Mantecón, y otra de francas líneas, la de Arturo Souto Alabarce. Interpreté tal descubrimiento como un llamamiento de la querida amiga fallecida y de quien hoy habré de referirme; así que la conversación telefónica con mi muy estimado colega resultó indispensable y obligada. Hoy, nuevamente, respondo a la convocatoria de la añeja y firme amistad nacida hace 41 años cuando llegué al México City College, donde fui arropado por los trasterrados que ahí se hallaban: Cipriano Rivas Xeriff, su esposa Carmen Ibáñez y su hijo Enrique, Ramón Xirau, Horacio López Suárez, María Solá. En 1970, Arturo, Horacio y yo fuimos de los fundadores del *campus* cholulteca de la Universidad de las Américas, donde, cierto día, al caer la tarde y terminadas las labores, Arturo profirió una de sus características sentencias: “Aquí, en este apacible lugar, no habremos de escribir nuestras obras completas, porque los volcanes caerán sobre nosotros”. Por supuesto que no se trataba de un pronóstico sismológico, sino de una alerta anímica, y cierta se manifestó, ya que Arturo y Matilde fueron los primeros en regresar a la ciudad de México. Horacio, Silvia Vázquez Vera y yo permanecemos influidos por el Popocatepetl y el Iztacihuatl hasta que otras fuerzas precipitaron nuestro retorno. Pero ésa es otra historia.

Entonces, desde aquellos días he estado cerca de su dilatada y fructífera práctica docente y muy próximo también a su ejercicio literario a tal punto que antologué *Coyote trece*, cuento del que destaque

una fina y poética prosa (que sustenta) la captura de las verdaderas esencias del hombre y la naturaleza, la aprehensión de un significativo momento, la definición de la soledad en una dimensión primitiva, original, primigenia, soledad del hombre que el propio hombre construye y que el hombre mismo puede rectificar. *Coyote trece* ha sido traducido a muchas lenguas; su idioma es universal.

Arturo, nacido en España, comparte páginas con los nacidos en México y con otros escritores del exilio: Max Aub, José de la Colina, Augusto Monterroso, José Luis González. Y en una de las páginas del prólogo que el propio Arturo escribió para *Todos los cuentos*, de José Luis, encuentro algunas líneas útiles al respecto:

64

José Luis González, bien se sabe, es un escritor puertorriqueño trasterrado en México, como él mismo se ha definido recordando el neologismo de Gaos. [...] Como la de tantos otros trasterrados, su morada vital, fronteriza entre dos o más ámbitos, está llena de contradicciones. De un lado, la plena presencia de un nuevo mundo que complementa y enriquece la cultura nativa, la posibilidad de una perspectiva desde la cual contemplar el país de origen. Del otro, el recuerdo y el vacío, la insoluble necesidad de la vuelta al origen.

Tales afirmaciones, sin duda, provinieron de una conciencia, un sentimiento, una experiencia personales, fincado todo ello en una búsqueda de pertenencia que incuestionablemente ha sido certificada en nuestra Facultad y cariñosamente ratificada en esta ocasión. Sin embargo, el sitio literario, crítico, histórico de quienes no son mexicanos por nacimiento o bien no ha sido acotado o bien ha sido de limitadas dimensiones. De esta cuestión me ocupo en un texto titulado *Trece cuentos de Arturo Souto Alabarce*, aparecido en la memoria del VIII Encuentro de Investigadores del Cuento Mexicano, en el que a petición popular fue solicitada la presencia del autor de dichas historias en la novena edición, pero él, fiel a su carácter y personalidad, tuvo a bien no asistir, aunque envié un ensayo titulado *Narradores trasterrados e hispanoamericanos*, del cual hizo la referencia siguiente:

El título puesto a estas notas es desangelado aunque notarial. Entre los escritores no nacidos en México, pero que escriben cuentos más o menos mexicanos [¡oh, bienhadada imprecisión!], hay que distinguir dos generaciones, cuya situación, sobre todo en lo concerniente a identidad, es muy distinta. La primera, la verdaderamente trasterrada, [...] incluye a los exiliados españoles que perdida la guerra civil, y con ella la segunda república española, vinieron a México. La segunda generación, la hispanoamericana, escasamente conocida, vino a formarse aquí, donde tuvo a sus maestros, escribió sus primeras obras, publicó su primeros libros. ¿Cómo clasificarla? Para Francisco de la Maza, era Nepantla. Para Octavio Paz, estaba en una especie de limbo literario. En suma indefinición, ambivalencia, ambigüedad, niebla.

No tan escasamente conocida, diría yo, porque vienen a mi auxilio Luz Elena Zamudio, quien se ha ocupado de Angelina Muñiz-Huberman y del mismísimo Souto Alabarce, y de Alfredo Pavón, que ha mirado hacia Federico Patán, sólo por mencionar a investigadores y autores vivos en mi memoria.

En este punto he de mencionar *La plaga del crisantemo*, obra que contiene el mencionado “Coyote trece”, y que quise tuviera una masiva segunda edición en la tercera serie de Lecturas Mexicanas, pues la primera se encontraba agotada, atribuible tal situación, según el autor, a que la Secretaría de Agricultura había comprado todo el tiraje. Empero, Arturo declinó la invitación en un gesto de respeto y solidaridad conyugales. Pero ésa es otra historia. Afortunadamente, la UNAM la hizo publicar en su colección *Confabuladores*, y si se desea acompañar su lectura con mi análisis de las historias originales y de otras, habrá que remitirse al volumen 14, año 1997, de la serie *Destino arbitrario*, de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, donde concluyo: “Arturo rulfianamente sentó sus reales como cuentista con un solo libro”. Invocado el escritor jalisciense, traigo a colación el último párrafo de una reseña firmada por Souto Alabarce, fechada en 1954:

65

Juan Rulfo, sin lugar a dudas, merece el ruido que se hace a su alrededor. Es el mejor cuentista de México y uno de los escritores más originales y vigorosos que hemos conocido. Con *El Llano en llamas* ha sabido expresar toda una humanidad en 15 cuentos, género difícil y apretado, piedra de toque para llorones y retóricos.

Nótese cuán certera fue la lectura, cuán contundente el juicio, cuán temprana y anticipada la declaración, y es que teórica y escrituralmente, Arturo ha sabido sujetar la narración breve:

El cuento, como la poesía, es un género que al escribirse nace hecho, armado, al igual que Palas Atenea y Huitzilopochtli. Un solo impulso vital, un soplo espontáneo, donde el ritmo es esencial y la construcción, el pulimento viene después. Esta espontaneidad tiene sus riesgos. Uno de ellos puede ser la inspiración fugaz. Y así, con frecuencia, se observan cuentistas que a pesar de su evidente talento desaparecen en breve tiempo.

Podría yo decir que estas últimas palabras son aplicables a él mismo, aunque hay que saber que a mediados de la década de los cuarentas del siglo pasado publicó su primer cuento en la *Revista Mexicana de Cultura*, que llevó el título de *La muerte de El Macho*, ilustrado por Raúl Anguiano; a este siguió *La mañana y la sierra*, ilustrado precisamente por su padre. Por lo tanto, su fidelidad cuentística se prolongó hasta 1960, cuando vio la luz *La plaga del crisantemo*; posteriormente, el escepticismo y la feroz autocrítica lo han convidado a guardar las páginas. También hay que saber que en algún momento del lapso señalado, deseó dedicarse plenamente a la creación, lo que no hubo de ocurrir. Pero ésa es otra historia.

En este tramo debo ofrecer disculpas, pues he mezclado una y otra vez la persona de Arturo con la mía, pero no he pretendido, ¡libreme *Coyote trece!*,

66 disminuir una con la otra, o valerme de la tercera para imponer la primera, ya que me lo impiden cuestiones de temperamento afines a las de Arturo, al Arturo hijo del pintor Arturo Souto Feijoo, quien con su estatura de destacado artista y como propietario del nombre y apellido originales, quizás haya proyectado su sombra sobre el vástago, quien, si bien empezó a dibujar en París, a la edad de 15 años, tal habilidad no lo condujo al uso del pincel. Yo, por algún tiempo, únicamente empleé la inicial E, hasta que decidí llamarme y hacerme llamar Jaime Erasto, según fui registrado, sabedor anticipado de que alguien diría: ¡Ah!, con que usted es hijo de su padre. Un artista, consciente o inconscientemente, arroja la poderosa fuerza de su impulso creador, y ante tal manifestación, el descendiente busca y sostiene un tono menor e indudablemente afirmativo, discreto, ponderado, marca distintiva y sobresaliente en Arturo.

Llegado a este momento, advierto que con la memoria he mirado al Arturo hecho amigo y compañero, que con la lectura gozosa y analítica me he acercado al cuentista de seguros registros, que con ojos admirativos he reparado en el individuo de suaves maneras, que con más de un sentido he querido decir lo que sé de él.